



Desmenuzando unos textos empapados de vida

El libro de Job no pretende contar una historia real, de ahí que esté catalogado entre los libros sapienciales. Es por tanto una reflexión que se hace sobre los grandes problemas de la humanidad: la enfermedad, el sufrimiento, la muerte, el fracaso de nuestros sueños y nuestros planes.

El protagonista es un patriarca nómada, de gran riqueza y rectitud al que un día le sobreviene una dolorosa prueba y, en su perplejidad y sufrimiento, interpele a Dios. Desea tener con Él un careo a fin de poder encontrar una razón que explique la causa de que, a un inocente, le pueden pasar estas cosas. Lo hace -como se dice en la “*Salve*”- gimiendo y llorando.

El gemido es un sollozo, un grito de dolor que sube hasta Dios enmarcado en una relación de ternura y filial confianza. El primer gesto que hacemos en la vida después de respirar es llorar. Es el lenguaje que emplea un niño para comunicarse con su madre, de este modo lo socorre, abraza, alimenta y cuida. De este modo se experimenta que hay alguien que le escucha y no es indiferente a su llanto.

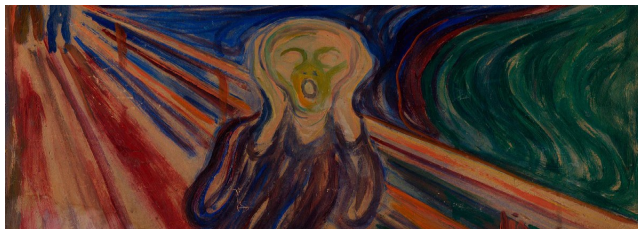
El grito de dolor más patético fue el grito de Jesús en la cruz. Esta fue sin duda la oración más desgarradora del Señor en todo el evangelio. Su lamento nace de lo más profundo del dolor y del abandono al que nos conduce el pecado. Siempre podremos unir nuestro llanto al suyo. No hay sufrimiento que no pueda reconocerse en este llanto.

El Señor siempre los a coge puesto que es, en todo momento, fuerza para su pueblo como así se reco-

ge y se celebra en la antífona de entrada de la celebración eucarística..

Atendió el clamor de los hijos de Israel reducidos a la esclavitud por los egipcios (Ex 6,5). Oyó el grito de la sangre inocente derramada (Gn 4,10).

De ahí que aprender a orar es aprender a gemir.



La respuesta que le da Dios es recordando a Job Su poder. No trata de exaltar Su grandeza, se trata de hacer que la criatura indefensa confíe. Lo que se nos dice en la lectura de este texto es que confiemos. Sufrimos nuestra impotencia y como fruto de la misma brota nuestro llanto, pero... estamos en manos de Dios; **sean cuales sean las tormentas en las que nos encontremos, no dejará que nos abrumen;** no podemos olvidar que **“El Señor es fuerza para su pueblo...”** y, modos por esta certeza se pide **“...Salva a tu pueblo, Señor, y bendice a tu heredad, sé su pastor por siempre”**.

El Evangelio de Marcos, al que pertenece el texto proclamado y que va precedido por el llanto de Job, fue escrito para la comunidad de Roma que se encuentra abatida y dolorida; a punto de hundirse. La tormenta que sacude la , en la que van los discípulos, representa el momento de gran dificultad que se encuentra la Iglesia de Roma en el intento de evangelizar la capital del imperio.

Los paganos son una abrumadora mayoría, y es extremadamente difícil lograr que entiendan la verdad del evangelio. Esto crea momentos de verdadero desaliento, acompañados de la imposibilidad de vencer el

poder de los dioses paganos representados aquí por el mar tempestuoso, los vientos furiosos, la ausencia del propio Dios, que en lugar de intervenir para ayudar, se ausenta, parece dormido mientras los discípulos arriesgan su propia vida. Todo parece que se hunde, como así acontece en estos tiempos en los que vivimos la fe y el seguimiento de Cristo, en ocasiones, no es nada fácil.

Comenta san Agustín este pasaje diciendo: **¿Qué quiere decir que Cristo duerme? Que te has olvidado de El. Despierta a Cristo, tráelo a la memoria: que Cristo vele en ti. ¡Piensa en El!**



Así se recoge en el magnífico lienzo de Rembrandt que lleva por título, **La tormenta en el mar de Galilea** en el que se representa la escena evangélica. El artista utiliza su dominio de la luz y la sombra para crear una sensación de drama y caos en la pintura. La única luz proviene de Jesús, que está bañado por un resplandor dorado. Simboliza el poder y la autoridad del Señor sobre los fenómenos de la naturaleza. Y, a su alrededor, una corona orante de discípulos que le despiertan diciendo: **«Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?»**

La liturgia de este domingo es una invitación a despertar a Cristo a fin de entregarle nuestros miedos y desasosiegos, por medio de una oración confiada, a fin de que el amor no se hunda en el llanto. Y, por pura misericordia, Él vendrá a sostenernos en la fe. Una fe alegre y radiante en quien venció de todo mal, pues lo cargó sobre sí en el madero de la Cruz.



Un salmo para rumiar

Salmo 106, 23-24. 25-26. 28-29. 30-31 (R.: 1)

**Entraron en naves por el mar,
comerciendo por las aguas inmensas.
Contemplaron las obras de Dios,
sus maravillas en el océano.**

**Él habló y levantó un viento tormentoso,
que alzaba las olas a lo alto;
subían al cielo, bajaban al abismo,
el estómago revuelto por el mareo.
Pero gritaron al Señor en su angustia,
y los arrancó de la tribulación.**

**Apaciguó la tormenta en suave brisa,
y enmudecieron las olas del mar.
Se alegraron de aquella bonanza,
y él los condujo al ansiado puerto.
Den gracias al Señor por su misericordia,
por las maravillas que hace con los hombres.**

El salmo 106 es una gran acción de gracias. Quien lo hace es el pueblo de Israel; se ha encontrado con muchas situaciones dramáticas, pero **gritaron al Señor en su angustia y los arrancó de la tribulación.**

En clave orante van “musitando” su historia como una especie de letanía de las maravillas que Dios hizo en favor de su pueblo. Los justos **lo ven** “toman conciencia” **y se alegran.**

Este salmo, junto con los dos anteriores, es un cántico de asombro fruto de un Dios que actúa. Martin Buber lo describe como “un asombro permanente”. En

el momento de necesidad Dios proveyó; en nuestras crisis Dios actuó para salvar. Recordar la historia en clave orante, como lo hace este salmo, es mantener viva nuestra sensación de asombro por las maravillas que el Todopoderoso hace en favor de los hombres.

Siglos más tarde, una joven de Israel, sabia por excelencia, encontró los mismos acentos; sin duda, esta parte de nuestro salmo de hoy tiene un cierto parecido con el Magnificat.

María, como todo verdadero creyente, experimenta la acción de Dios y vuelve a leer toda la historia humana bajo esta luz: *“su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”*. *Él hace proezas con su brazo...a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia”*

El último versículo de este salmo extrae la lección del conjunto:

“El que quiera ser sabio se acordará de estas cosas, y en ellas reconocerá el amor del Señor”.

Esta es quizás, de hecho, la clave de la sabiduría: recordar en las tormentas de nuestra vida que el Señor está ahí y sigue siendo dueño de las olas. Espontáneamente, cuando nos enfrentamos a alguna desgracia, nos sentimos, como Job, tentados a decir que no está bien y que Dios nos ha abandonado. No más que Job, no encontraremos una explicación satisfactoria a los sufrimientos que estamos atravesando, pero como él, estamos invitados a vivirlos con confianza. Siempre debemos tener presente la palabra del profeta Ageo:

«Mi espíritu está en medio de vosotros. ¡No temáis!» (Ag 2, 5).



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XII “PER ANNUM”



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Job 38, 1. 8-11

El Señor habló a Job desde la tormenta: **—«¿Quién cerró el mar con una puerta, cuando salía impetuoso del seno materno, cuando puse nubes por mantillas y nieblas por pañales, cuando le impuse un límite con puertas y cerrojos, y le dije: “Hasta aquí llegarás y no pasarás; aquí se romperá la arrogancia de tus olas”?».**

Marcos 4, 35-40

Un día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos:

—«Vamos a la otra orilla»... se lo llevaron en la barca... . Se levantó un fuerte huracán, y las olas rompían contra la barca... Él estaba a popa, dormido. Lo despertaron, diciéndole:

—«Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?». Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: —«¡Silencio, cállate!».

El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: —«¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?». Se quedaron espantados y se decían unos a otros: —«¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!».